“PORQUE TRABAJAR MUCHO, COMER POCO Y VESTIR MAL ES UN ESTADO DE VIOLENCIA QUE NO PUEDE DURAR”

Jovellanos, *Cartas del viaje de Asturias* (h. 1782)

COMUNISMO A LAS PUERTAS

O MARX O MAD MAX

Piense en el apocalipsis como en una certeza a no muy largo plazo. Piense en usted y en los demás como en zombis o humanos en proceso de zombificación. Después, mantenga la calma; reflexione fríamente y repare en que no le queda más remedio que hacerse comunista, si es que quiere evitar todo eso. O intentarlo al menos. De otro modo, aténgase a su destino

Primero como tragedia, después como farsa
Slavoj Žižek
Akal, 2011
192 pp., 16 €

JUAN CARLOS GEA

Me da que Slavoj Žižek no estaría demasiado en desacuerdo con el tono y los términos de este sumarísimo resumen de ***Primero como tragedia, después como farsa***: un análisis crítico declaradamente militante en el que el filósofo checo interpreta, a la altura de 2009, las señales del fin de los tiempos en el seno de esta crisis y apremia a encontrar en ellas razones para acuñar nuevas formas de praxis comunista. Para ello, destila una suerte de prontuario de su pensamiento político con su probada destreza para la polémica y la síntesis de lo filosófico (desde Kant y Hegel hasta Badiou o Rancière pasando, claro, por Marx y Lacan) y lo mundano (una actualidad que hubiese aportado aún más argumentos y más contundentes en estos tres años). Esa urgencia imprime al texto persuasión y claridad, aunque algún pasaje pueda desalentar al lector sin mochila filosófica, o sin demasiado Marx o Lacan en ella; en todo caso, será un desánimo pasajero.

Žižek parte de lo que llama las «lecciones de la primera década» (del nuevo siglo) en torno a los dos colapsos que justifican el título del libro y su recurso a la vieja idea marxista de que la historia se repite primero como tragedia y después como una farsa (a menudo más trágica todavía): el 11-S y la crisis de 2008. Primero el World Trade Center y luego Wall Street marcan el colapso de una auténtica «utopía en el poder» encarnada en los «felices noventa de Clinton» y en los cantos del «fin de la historia» de Fukuyama. A partir de ahí, «todo depende de cómo sea simbolizado el colapso». Y, sobremanera, de lo que se pueda hacer a partir de cada forma de simbolizarlo.

En el título del primer capítulo de los dos de que consta del libro («¡Es la ideología, estúpido!») Žižek pone «ideología» donde el famoso latiguillo norteamericano ponía «economía». Primero, como desenmascaramiento para estúpidos; después como sustitución. En el primer caso, ofrece su propia «simbolización del colapso», denunciando la ideología emboscada tras el capitalismo actual; en el segundo propone a cara descubierta su propia alternativa ideológica a nuestra fatal estupidez: un comunismo voluntarista, sistemáticamente fatalista, en absoluto justificado por ninguna necesidad histórica que no sea la mera supervivencia de la especie, por ningún principio científico que no sea la hipótesis metódica (y la plena probabilidad) de la catástrofe.

La primera parte del libro denuncia, por tanto, la gran astucia ideológica del capitalismo en su estadio actual: presentarse como una forma neutra, desideologizada, de realismo pragmático. Sin embargo, hoy «creemos no menos, sino mucho más de lo que imaginamos que creemos». La prueba definitiva (corregida y aumentada desde 2009) sería la masiva inyección de fondos públicos en el sector financiero, no para reactivar el crédito sino para alimentar, sin más, la *creencia,* la fe en que el sistema no se vendrá abajo. Algo así como sacar 7.000 millones de dólares en rogativa, a ver si cuela.

Žižek cita a Leonardo Padura: «Resulta horrible no conocer el pasado y, sin embargo, poder impactar sobre el futuro». Pero es aún más horrible lo que este libro plantea frontalmente: conocer el futuro y no hacer nada para impactar sobre él

El *alien* ideológico

Así pues, la «utopía en el poder» de la era Clinton/Fukuyama «ha tenido que morir dos veces», y cada una de ellas ha revelado en su autopsia el *alien* ideológico que alojaba. Žižek lo disecciona y pasa informe de su anatomía patológica: el bicho, la economía globalizada neocapitalista, es cuestión de decisiones políticas; no se autorregula; actúa con malicia e irresponsabilidad sabiéndose reasegurada por el contribuyente y por una forma agónica del Estado; los parasita y los presiona con el chantaje del pánico, y nada devuelve de lo que de ellos recibe; no pone fronteras entre «la inversión "legítima" y la especulación "salvaje"»; no genera más libertades ni más bienestar, sino desigualdades crecientes.

Es más, su toxicidad ideológica es tal que incluso sus defensores han sobrepasado el cinismo para caer directamente en la ingenuidad idiota. Y, en el colmo de los desenmascaramientos y las paradojas, su verdadero rostro empieza a mostrarse como otra forma de lo estatal: la *sombra chinesca* de un «capitalismo con rostro asiático», autoritario y antiliberal, muy lejos de la farsa «hegemónica» de un «ecocapitalismo socialmente responsable» que, para propagarse y mimetizarse, ha incorporado incluso valores post-sesentayochistas. Todo, con tal de hacernos vivir, de *forzarnos* a vivir «como si fuésemos libres» y como si supiésemos realmente qué estamos eligiendo mientras no hacemos otra cosa que sostener el *statu quo* como consumidores, currantes, fogoneros de la desquiciada locomotora de la historia y contribuyentes al Estado... y a lo que dice no serlo, aunque en el fondo lo sea.

Porque Žižek insiste en que, en contra de las apariencias, el Estado no se está debilitando. Muy al contrario: está reinventándose bajo su forma más autoritaria como un instrumento de control, pero de modo mutante, esquivo, inapresable, reciclando las propias estrategias de la revolución (en particular, en su versión 68) en permanente auto-revolucionamiento y haciéndose presente en nuevas formas de beneficio (o más bien de renta, como en el caso de la privatización de la producción del «intelecto general» a través propiedad intelectual). «El enemigo se ha apropiado de la dinámica revolucionadora: ya no se puede jugar a subvertir el Orden (...) puesto que el Orden ya trae consigo su propia subversión permanente», diagnostica. Eso desorienta y desalienta. Aunque lo esencial es aprender que el enemigo se ha revelado, sobre todo, como un espectro cambiante, un *flujo* capaz de adueñarse de las estrategias y los logros revolucionarios, un mutante metamórfico que hace añorar la robustez, tan identificable, del capitalismo o del Estado a la vieja usanza, y los viejos métodos de lucha.

«Una glacial determinación de pensar»

Sin embargo, no hay lugar (ni tiempo) para la nostalgia. Todo esto «cambia radicalmente las condiciones de la misma lucha comunista». La noción misma de comunismo debe readaptarse a ese formidable enemigo y a una situación que va más allá de la explotación y la enajenación, de la lucha de clases y de un sujeto revolucionario en particular: directa hacia el apocalipsis, la enajenación absoluta, que es hacia donde se dispara el tren de la historia, con *todos* dentro, a no ser que el comunismo tire del freno de emergencia. Pero hay que hacerlo controlando el pánico y la ira, que conducen a la impotencia: la herramienta es, antes que nada, «una glacial determinación de pensar» con detenimiento, pero «de una manera realmente radical».

No basta con capear la crisis en falso y seguir ejerciendo una cómoda labor de izquierda crítica dentro del sistema, dando los grandes proyectos por fracasados o asimilados. No basta con acampar bajo al raso urbano. Hay que reformular la idea misma de comunismo después de una agresiva autocrítica. Ni trata de reanimar el fiambre de Marx, vestirlo con ropa de temporada, abrirle perfil en Facebook y suministrarle datos históricos frescos a ver qué pasa. Es mucho más que eso: asumir seriamente que el comunismo es una «Idea Eterna» (en el sentido fuerte, platónico) y que hay que reclamar, a despecho de errores, fraca-

sos y abominaciones previas, una «tradición emancipatoria» basada en el «axioma de la igualdad».

Žižek toma de Alain Badiou los «invariantes» comunistas, los cuatro conceptos fundamentales que persisten desde Platón a Mao, pasando por los levantamientos medievales, el jacobinismo y Lenin: «la *estricta justicia igualitaria,* el *terror* disciplinario, el *voluntarismo* político y la *confianza en el pueblo»,* en defensa de eso «común» que da nombre al comunismo: la «sustancia compartida de nuestro ser social, cuya privatización supone actos violentos que, cuando sea necesario, deben resistirse por medios violentos».

Pero sobre todo se trata de entender qué tipo de plasmación de la Idea platónica del Comunismo generan las contradicciones terminales de este tiempo, «lo común» que, en concreto, se nos está enajenando y el modo en que se nos está enajenando. Žižek enumera: lo común de la cultura (el «capital cognitivo», lenguaje, medios, educación, infraestructuras); lo común de la naturaleza externa (recursos naturales, medio ambiente); lo común de la naturaleza interna (herencia biogenética humana). Y, sacando el «filo subversivo» de todo ello, el conflicto extremo «entre Incluidos y Excluidos» del «espacio sociopolítico», sin el cual quedan como problemas parciales (desarrollo sostenible, legalidad de la propiedad intelectual, bioética...). Una de las insistencias más valiosas del pensamiento de Žižek es que no hay que distraerse en ésas y otras parcialidades (identidades nacionales o sociales, particularidades culturales o religiosas...); lo que cuenta es poner en «contacto directo» lo universal del uso público de la Razón emancipadora, a la manera kantiana, con lo singular del sujeto de emancipación.

Y ese sujeto vamos siendo *todos.* Una de las ideas más comprometedoras de este comunismo preapocalíptico es que su protagonista no es una heroica clase de elegidos de la historia sino un sujeto *damnificado* por la historia. El elemento escatológico, que Žižek asume plenamente, no es alcanzar la salvación mediante la lucha de clases sino evitar la condenación absoluta del género humano proletarizado. En vez de la utopía liberal de la globalización de las clases medias, lo que se globaliza aquí es la condición de proletariado, en el sentido de que todos estamos siendo enajenados de un modo u otro de aquella «sustancia común»... y compartiremos el mismo destino si no somos capaces de coger las riendas de la desbocada lógica capitalista. «El desafío ético-político está en reconocernos a nosotros mismos en esta figura», dice Žižek; pero no para tomarnos nuestra supervivencia ante el apocalipsis en una campaña de survivalismo individualista a lo Mad Max, sino en un acto de *justicia* común.

El criterio de esa justicia es nítido: «la actitud ideológico-práctica hacia el proyecto emancipatorio universalista basado en el axioma de la igualdad». Además de jerarquizar los intereses de veras universales, semejente claridad permite trazar un mapa del campo de batalla, poniendo en su sitio a falsos aliados: ni la tecnocracia permisivo-liberal, ni el populismo-fascismo, ni el fundamentalismo de ningún género, desde luego. Tampoco necesariamente las «clases inferiores (...) a menudo esclavas del populismo fundamentalista». Pero sí los «liberales igualitarios», porque «el propio liberalismo no es lo suficientemente fuerte como para salvar su propio núcleo de valores» y además los socava en su alianza con el capitalismo... que éste está a punto de rescindir. De modo que hay que acudir en su auxilio entonando el *With a little help from my friends:* «la fraternal ayuda de la izquierda radical». ■

«Fracasa mejor»

Slavoj Žižek dibuja el comunismo, hoy, más que como «una solución» como «el nombre de un problema»: el que se plantea cómo «romper los límites del marco mercado-y-Estado», pero no ya para acabar con el Estado, sino para conseguir un Estado que funcione «de modo no estatal», con nuevos mecanismos representativos, y esquive la cíclica reabsorción de la rebelión en la normalidad. Por otra parte, no hay nada fuera (salvo el futuro yermo postapocalíptico, parece). En resumen: «El verdadero dilema no es "¿debería intervenir el Estado?", sino "¿qué clase de intervención del Estado es necesaria?"»

Bajo ese toque de cuerno hay que «reunir a los "muertos vivientes" del capitalismo global, a los que se han quedado abandonados por el "progreso" neocapitalista, a todos aquellos convertidos en inútiles y obsoletos, a todos aquellos incapaces de adaptarse a las nuevas condiciones» (ya se ve que el *nuevo proletariado* vamos siendo muchos). Y después provocar un «cortocircuito» que ponga «en contacto directo a estos abandonados de la historia con el aspecto más progresista de la historia».

Suena épico, pero no lo es. Ni siquiera es esperanzado. Y existe el riesgo de que acarree, como otras veces, «oscuras consecuencias». Siempre atinado en sus citas, Žižek invoca conmovedoramente a Beckett: («Inténtalo otra vez. Fracasa otra vez. Fracasa mejor») pero también al viejo Mao («Todo bajo el cielo está en completo caos, la situación es excelente»). Y al escritor cubano-español Leonardo Padura: «Resulta horrible no conocer el pasado y, sin embargo, poder impactar sobre el futuro». Pero es aún más horrible lo que este libro plantea frontalmente: conocer el futuro y no hacer nada para impactar sobre él.

Aunque, estrictamente, la lección de Žižek es que el apocalipsis no está en el futuro; está ya aquí: en sus condiciones presentes. Para oponer a ese fatalismo el puro voluntarismo, y por decirlo un tanto perversamente, urge a capitalizar «una insatisfacción que la izquierda no pudo movilizar» hasta ahora y a competir en el mercado de la ansiedad global contra el capitalismo y sus narcóticos, contra los populismos y los fundamentalismos, contra las propias formas caducas o inoperantes del izquierdismo. Como proclamó el falso broker Alessio Rastani (y sabe todo broker verdadero), toda crisis encierra grandes beneficios potenciales. Así que hay que tomarse la crisis «en serio» como «una oportunidad que hay que explotar por completo». O, visto de nuevo desde el punto de vista de la permanente Idea de Comunismo, hay que perfeccionar las formas de fracaso, pero contando con la apremiante cuenta atrás de la historia. Pues ya no se trata del viejo «socialismo o barbarie» de Rosa Luxemburgo; esto suena a «comunismo o apocalipsis». En todo caso, «el comunismo está otra vez a las puertas». O eso, o en el mejor de los casos, Mad Max dando tumbos por el páramo o, como mucho, a las puertas de Negociudad. Ustedes verán.

Urge a capitalizar «una insatisfacción que la izquierda no pudo movilizar» hasta ahora y a competir en el mercado de la ansiedad global contra el capitalismo y sus narcóticos, contra los populismos y los fundamentalismos, contra las propias formas caducas o inoperantes del izquierdismo

LAS RAZONES DE MARX

Eagleton rebate las diez críticas más comunes al marxismo

Por qué Marx tenía razón
Terry Eagleton
Península, 2011
256 pp., 22,90 €

LUIS ORDÓÑEZ

Hubo un tiempo en que mucha gente se tomó muy en serio la idea de que había llegado el día final del capitalismo. Fue durante otra crisis, la que siguió al crack de 1929; y se la tomaron muy en serio gentes de todo el arco ideológico. Desde luego, lo hicieron los soviéticos que pocos años antes habían logrado hacer triunfar y afianzar su revolución en Rusia, pero también muchísimos capitalistas en Europa que, presas del pánico, optaron por apoyar como dique de contención contrarrevolucionario a los fascismos, muy especialmente en Italia, Alemania y, con los componentes particulares del nacionalcatolicismo franquista, también en España.

Las diferencias entre la crisis del 29 y la del presente son varias, pero una de ellas es que el capitalismo no sólo no se ha visto resentido por su fracaso sino que ha salido más triunfante todavía y se permite el lujo de dictar a los gobiernos que cubrieron con dinero público sus agujeros las políticas que han de seguir para «calmar a los mercados»; como los monstruos mitológicos, exigen «sacrificios» —especialmente en materia de sanidad y educación»— para frenar sus ataques especulativos. Es así porque la apariencia es que no hay ninguna alternativa viable al capitalismo, de hecho, el capitalismo se cuida mucho desde hace tiempo de usar ese término porque de lo que se trata es de hacer pasar como algo natural, el sistema lógico y normal, lo que en realidad es una opción ideológica.

Ante este panorama el británico Terry Eagleton se lanza a rebatir una a una diez de las más comunes críticas al marxismo en los otros tantos capítulos que componen su libro ***Por qué Marx tenía razón*** (Península). Se trata de un texto sencillo y que no requiere un conocimiento especial de la teoría marxista ni mucho menos (y afortunadamente) de la terminología y el léxico habitual de los marxistas tradicionales que lograron convertir sus escritos en un dolor para el profano y materia digna de la parodia por su deliberado oscurantismo.

Eagleton comienza por presentarnos a Karl Marx como lo que realmente era, sin duda el mejor y más serio estudioso del funcionamiento y las repercusiones sociales y culturales de la economía capitalista; y también un sincero humanista que, lejos de la idea caricaturesca que suelen presentar sus críticos, deseaba

Se trata de un texto sencillo, que no requiere un conocimiento especial de la teoría marxista ni mucho menos de la terminología y el léxico tradicionales

poner el trabajo al servicio del hombre y no al revés. Nadie con dos dedos de frente puede dudar hoy de que el trabajo es una materia más que se pliega a la ley de la oferta y la demanda en el mercado (oficios altamente cualificados tienen salarios altos porque hay pocos capaces de ejercerlos, y viceversa) sin embargo, cada día vemos cómo trata de imponerse la idea de que los empresarios son los creadores de empleo, como si se tratara de una dádiva graciosa que se concede por altruismo.

Marx, no Stalin

Los mayores problemas de Eagleton llegan a la hora de responder a las críticas a la crueldad extrema de los regímenes que enarbolaron y aún hoy enarbolan la bandera del comunismo. Cierto es, como dice el autor, que una cosa es Marx y otra muy distinta Stalin (sin duda uno de los mayores criminales de la historia) y también que el teórico alemán dejó por escrito sus muchas dudas de que un país tan atrasado como Rusia pudiera llegar a implantar un modelo como el que

él preconizaba. Porque lo cierto es que Marx es el mayor crítico del capitalismo pero también uno de los más rigurosos defensores de sus virtudes. Marx anima a las sociedades del XIX a lanzarse a la modernización e industrialización de sus economías como un estadio fundamental para llegar a la, en su opinión, auténtica democracia comunista; sólo el sistema productivo del capitalismo (la industria) es capaz de desarrollar tanto excedente como para permitir la satisfacción completa de las necesidades personales de cada individuo sin necesidad de trabajar hasta la extenuación, que es de lo que se trataba toda esta historia en un principio. Porque lo que hace el capital, tal como Marx apunta con razón, es exprimir al máximo la capacidad productiva de una clase en beneficio de otra que se lleva prácticamente todo el beneficio.

El concepto de lucha de clases es abordado por Eagleton en varias ocasiones, tanto para desmentir a quienes aseguran que es una idea superada, como para explicar que la clase oprimida no se limita sólo a los obreros industriales de factorías decimonónicas, sino que el propio Marx concibió alianzas con campesinos, comerciantes y lo que pudiera a llegar a ser, no sé si imaginado por Marx, el cuerpo de trabajadores de lo que hoy llamamos sector servicios.

Hay dos ideas claves que plasma el libro de Eagleton y que están muy vigentes para la situación de recesión que hoy atraviesa el mundo y particularmente Europa. A menudo se critica a los regímenes marxista por poner los planes económicos (aquellos tochos quinquenales) como fin supremo que arrastra tras de sí las vidas de miles de personas individuales. ¿Qué diferencia hay con nuestra obcecación con los objetivos de déficit, con los ajustes macroeconómicos que se imponen desde Europa? ¿No se sacrifica también la vida, las escuelas, la salud de las personas, por esos números abstractos? La diferencia es que los planes quinquenales los presentaban adustos señores de uniforme y gorra con estrella roja, mientras que los nuestros son defendidos por gente de apariencia más simpática y con corbata o traje pantalón. En la URSS hubo deportaciones masivas de pueblos enteros a lo largo del continente asiático: ¿no provoca eso el capitalismo con la huida masiva de la población del Tercer Mundo, los inmigrantes, y su llegada a costa de la propia vida a Estados Unidos o Europa?

Otra acusación, más certera, que se suele hacer a Marx es su calco de la metafísica cristiana, su esperanza de que la historia también tendría su juicio final, que el sistema comunista era inevitable por el derrumbe del capitalismo por sus contradicciones. Bueno, ante ese derrumbe estamos sin que nadie haya dado una respuesta suficientemente tajante. No menos cierto es que esta crisis se acompaña también de una retórica que calca al cristianismo, que propone un relato de buenos (ahorradores) y malos (despilfarradores) bastante injusto en realidad y que como solución sólo trae expiación y sufrimiento para llegar algún día, seguramente muy lejano, al paraíso perdido. Paraíso ése, no para todos. ■

Una dieta de adelgazamiento para domesticar la desbocada economía mundial

La paradoja de la globalización: democracia y el futuro de la economía mundial
Dani Rodrik
Antoni Bosch, 2012
368 pp., 26 €

SERGIO GONZÁLEZ BEGEGA

Hay más de un paralelismo entre las crisis económicas y los accidentes aéreos. A pesar de lo que algunos aprensivos, entre los que me incluyo, solemos pensar, los aviones no se caen por sí mismos ni a consecuencia de los imprevisibles e incontrolables elementos. Es verdad que, en algunos casos, unas condiciones meteorológicas adversas pueden hacer muy incómodo un trayecto, pero difícilmente serán éstas las que ocasionen que el aparato termine encontrando violentamente el suelo. Si el pasajero paranoico desea anticiparse y hallar indicios antes de que se produzca el siniestro, haría bien en volver la vista a quienes se sientan a su alrededor. Lo que debería provocar su temor es la impericia del piloto, el fallo técnico provocado por un mantenimiento deficiente o la posibilidad de que un grupo de secuestradores tome el control del avión y altere el plan de vuelo.

Con las grandes sacudidas económicas pasa algo parecido. En realidad, el entorno tiende más bien a tener un impacto limitado o incluso neutro. Las crisis se ceban y terminan detonando tras un periodo de tiempo en el que los reguladores encadenan decisiones políticas incorrectas, los supervisores relajan su vigilancia y los inversores se muestran particularmente irreflexivos y voraces: responsabilidad compartida, sin duda, por la tripulación y el pasaje..., pero, ¿también por algún que otro pirata aéreo?

Dani Rodrik, profesor de economía política en Harvard, examina la caja negra de la memorable catástrofe en la que las economías del mundo desarrollado se encuentran envueltas en ***La paradoja de la globalización: democracia y el futuro de la economía mundial.*** Al tratar de desenredar la madeja de causas que lleva a la caída de Lehman Brothers en septiembre del 2008, el profesor Rodrik identifica un momento clave, a partir del cual una nueva «narrativa técnica fundamentalista» se habría hecho definitivamente con los mandos del vuelo, fijando una velocidad y un rumbo distinto para la economía mundial. La creación de la Organización Mundial del Comercio (OMC), en 1995, y el discurso del director ejecutivo del Fondo Monetario Internacional (FMI), Michael Camdessus, en la Cumbre de Hong Kong de 1997, habrían significado el pistoletazo de salida para un acelerado proceso de retirada de barreras y mecanismos de control sobre el comercio y las transacciones financieras a escala internacional. La era de la hiperglobalización se había abierto.

Prestidigitación, especulación, riesgo

¿Decisión política errada o voladura intencional de los restos de un edificio institucional construido a partir de los acuerdos de Bretton Woods (y del GATT) que, desde la segunda guerra mundial, aun con contradicciones internas, había asegurado la estabilidad monetaria y un buen ritmo de crecimiento económico? Desde una cierta nostalgia de este doble sistema

EMBRIDAR LA GLOBALIZACIÓN

de regulación comercial y financiera, Rodrik se muestra fuertemente crítico con la propuesta «ultraliberal» que habría allanado el camino a la articulación de un mercado en la sombra con nuevos productos de inversión no sujetos a ningún tipo de regulación y en el que habría engordado el gusto por la prestidigitación económica, la especulación y el riesgo. Una nueva economía global de casino, crecientemente desligada de la esfera productiva que habría hecho su aparición, prometiendo enormes beneficios a todos aquellos lo suficientemente osados como para atreverse a tomar ventaja de unas posibilidades casi ilimitadas para mover capital en cualquier lugar del mundo, a cualquier escala y en cualquier momento.

Vértigo que antecede al golpe contra el cemento. Tal y como afirma el historiador económico Charles Kindleberger, en todas y cada una de las ocasiones en las que el capital ha podido moverse con amplios márgenes de libertad, el cuento ha terminado en forma de «manías, pánicos, *crashes*» y crisis más o menos prolongadas e intensas.

Lo cierto es que los mercados (todo tipo de mercados) requieren de un cierto nivel de regulación para funcionar correctamente. Rodrik reconstruye el sendero recorrido por la economía moderna, desde sus inicios en el siglo XVII, para tratar de fundamentar este argumento. Al desandar los pasos de la globalización y recoger las migas dejadas por otros teóricos de la economía, el profesor Rodrik insiste en algo que la «narrativa liberal» siempre ha obviado o negado. Los mercados, por mucho que se empeñen Adam Smith, Milton Friedman o John Stuart Mill, no son construcciones naturales o preexistentes. Al contrario, han sido creados por las sociedades y alojan intercambios de discurso y doctrina, de poder o de pugna política, que se ubican a la sombra de los estrictamente económicos, sirviéndoles de soporte y explicándolos. «Resumiendo, los mercados no se crean solos, no se regulan solos, ni se legitiman solos.» Las instituciones y las normas son indispensables para que los mercados arrojen un buen rendimiento. En ausencia de una estructura de reglas adecuada, compartida y respetada por los distintos actores, el juego económico se desquicia, alimenta incertidumbre en forma de especulación o rigidez en forma de monopolio, y resulta en un escenario en el que los que pierden son muchos y los que ganan, si al final lo hace alguien, son muy pocos.

Las proporciones exactas

Tal y como muestra Dani Rodrik, todas las economías de mercado que, históricamente, han funcionado bien a largo plazo lo han hecho a partir de «una mezcla de Estado y mercado, de dejar hacer y de intervención». Las proporciones exactas de esa combinación han variado según las preferencias y acuerdos internos de cada sociedad, según su posición en el marco de la división internacional del trabajo o a partir de su trayectoria previa. Pero lo cierto es que

En todas y cada una de las ocasiones en las que el capital ha podido moverse con amplios márgenes de libertad, el cuento ha terminado en forma de «manías, pánicos, *crashes*» y crisis más o menos prolongadas e intensas

ninguna sociedad ha conseguido avanzar en el sendero del desarrollo económico sin hacer recaer importantes responsabilidades de planificación y de control sobre los poderes públicos; nacionales, por supuesto.

Ahora bien, si el mercado ya no tiene una dimensión nacional sino global y si los intercambios comerciales y financieros no responden a una racionalidad internacional sino genuinamente transnacional, saltando por encima de unas cada vez menos relevantes fronteras, ¿dónde y cómo producir la imprescindible regulación que debe corregir sus ineficiencias y hacerlo funcionar, de nuevo, de manera socialmente correcta? Ésta es la paradoja de la globalización y, con respecto a ella, Dani Rodrik maneja dos soluciones opuestas.

La primera, sobre la cual se muestra altamente escéptico, considera la posibilidad de que ciertas agencias institucionales como el propio FMI, el Banco Mundial u otras de nueva creación reciban una fuerte transferencia de soberanía desde el plano nacional y adquieran un verdadero compromiso de gobernanza a escala transnacional. La segunda, que es aquella por la que se decanta Rodrik y que probablemente resulta más realista, obliga a deshacer parte del camino, devolviendo a los Estados la autoridad perdida en el gobierno de la economía mundial y reconociéndolos como únicos espacios institucionales con capacidad para producir normas legitimadas democráticamente por los ciudadanos. Volver atrás para embridar la hiperglobalización. Someterla a una dieta de adelgazamiento y, de esta forma, domesticarla. ■

ECONOMÍA DE COMBATE

Un texto de combate, un panfleto urgente. Aun así, es más preciso, riguroso y explicativo que la mayor parte de los escritos técnicos sobre la recesión

Crisis y revolución en Europa
Observatorio Metropolitano
Traficantes de Sueños, 2011
147 pp., 6 €

CÉSAR RENDUELES

En 1996 el matemático Alan Sokal se hizo célebre cuando consiguió que una prestigiosa revista de ciencias sociales editara un artículo repleto de disparates paracientíficos pero que seguía al pie de la letra las modas intelectuales del constructivismo cultural extremo. Algo así habría sido imposible en el caso de alguna de las publicaciones de mayor impacto dedicadas a la economía matematiforme. Se trata de un terreno intelectual en el que los expertos han alcanzado cotas de manierismo imparodiables. Las facultades de economía y las instituciones financieras se han convertido en un reino de *idiot savants* a cuyos caprichos los políticos decidieron entregar sus mentes y nuestras vidas a finales de los años setenta del siglo pasado. Sólo a modo de ejemplo, y por evitar la actualidad más inmediata, en su etapa como ministros María Antonia Trujillo, Rodrigo Rato, Carme Chacón, Cristóbal Montoro y Francisco Álvarez Cascos negaron con un entusiasmo digno de mejor causa la existencia de ninguna clase de burbuja inmobiliaria en España, lo mismo que Luis *Lehman* de Guindos, cuando aún era secretario de Estado de Economía. En su descargo hay que decir que contaban con el respaldo teórico, por llamarlo de alguna manera, de un ejército de expertos en las altas y oscuras artes de las curvas de indiferencia. Sin ir más lejos, los gobernadores del Banco de España Jaime Caruana y Miguel Ángel Fernández Ordóñez o, más alucinante si cabe, Ángel Gurría, secretario general de la OCDE.

Uno de los pocos efectos positivos de la bancarrota del capitalismo de casino ha sido el desprestigio de los apóstoles académicos de la maximización y el riesgo moral (de los demás, por cierto). La ciencia economía entendida como el estudio del comportamiento de ciertos números en condiciones de laboratorio es un zombi intelectual. Sigue moviéndose, emitiendo sonidos no articulados y causando inmensos sufrimientos, pero está conceptualmente muerta. Tal vez eso signifique la resurrección de la economía tal y como la pensaron Adam Smith, Keynes, Polanyi o Kapp: una disciplina con alguna relación, por remota que sea, con el estudio de la sociedad, la historia y la naturaleza de los seres humanos. Por el momento, se trata de un proyecto del que se han hecho cargo mayoritariamente investigadores y colectivos ajenos a la academia. Es el caso del Observatorio Metropolitano de Madrid.

Crisis y revolución en Europa es un texto de combate, un panfleto urgente. Aun así, es más preciso, riguroso y explicativo que la mayor parte de los escritos técnicos sobre la recesión. Plantea con claridad meridiana el modo en que las personas e instituciones que hundieron las economías occidentales están utilizando la crisis como una herramienta para completar su proyecto político: «La crisis ha sido desde el principio una gigantesca estafa. Ninguno de los llamados *programas de ajuste* que se han impuesto en los últimos cuatro años tiene justificación en la presunta naturaleza de los asuntos económicos. Todas y cada una de las medidas que se vienen aplicando no están dirigidas a salvar una situación económica que ha dejado ya a más de treinta millones de europeos sin acceso a una renta regular, sino a reforzar los intereses de las élites financieras del continente».

© AFP / PEDRO ARMESTRE

La lucha de clases sigue más viva que nunca, pero ahora son los muy ricos quienes enarbolan su bandera con una agresividad milenarista. Por eso, *Crisis y revolución en Europa* cartografía también las respuestas ciudadanas que se están produciendo por todo el continente, de Reikiavik a Atenas pasando por la Puerta del Sol, subrayando la coherencia, pragmatismo y oportunidad de las propuestas alternativas a la entropía oficialista. ■

LAS RIMAS DE LA HISTORIA

Microhistoria del nazismo a partir de la biografía de un dentista

El nazi perfecto
Martin Davidson
Anagrama, 2012
424 pp., 22,90 €

PABLO BATALLA CUETO

Mike Godwin, un abogado de Houston, acuñó a principios de los años noventa, en clave de humor, una famosa ley referente al desarrollo de discusiones en foros de Internet. La regla era válida entonces, en los primeros anadeos tímidos de una Red aún en pañales, tanto como hoy, y es en realidad aplicable a cualquier debate, *online* o no. Su enunciado es el que sigue: «A medida que una discusión *online* se alarga, la probabilidad de que aparezca una comparación en la que se mencione a Hitler o a los nazis tiende a uno».

La ley de Godwin bebe de dos fuentes: la primera de ellas, la fascinación morbosa que sigue ejerciendo el nazismo como el más perfecto paradigma universal de la maldad humana. La segunda, ese mantra machacón, tan reiterado como la mentira mil veces repetida de Goebbels y siempre pronunciado por sus defensores con toda la gravedad grandilocuente de las verdades irrebatibles, de que la historia se repite, y de que los pueblos que olvidan su historia están condenados a repetirla.

Ambas fuentes son, en esencia, falaces, pero, a la vez, también son atinadas en cierto grado: los armenios o los ugandeses saben bien que la dictadura hitleriana y el genocidio judío no son, necesariamente, *top* 1 en el *ranking* de la crueldad de los hombres, pero ello no obsta para que el Führer sí entre con pleno derecho en el *top* 5, o en el *top* 10. En cuanto a la creencia en la repetibilidad de la historia, basta ese algo de predestinacionismo casi religioso que contiene para desautorizarla, pero hacerlo no debe llevar a rechazar por completo la validez y la utilidad de las comparaciones históricas, ni la posibilidad de que ciertos patrones de conducta sí sean consustanciales al etos humano y consignables por igual en las huestes guerreras de Sargón de Acad que en los diligentes palmeros de los politicastros contemporáneos.

El nazi perfecto es un nuevo libro sobre nazis, uno más, el enésimo. Una biografía que lo es a la vez que una historia del Tercer Reich, relatada con todo el atractivo novelesco de que sólo los anglosajones saben imbuir a sus libros de historia, pero una biografía diferente, que no lo es de Hitler, ni de Eichmann, ni de Mengele, sino de Bruno Langbehn, anodino dentista del Charlottenburg berlinés, abuelo del autor germanoescocés de la obra y un «nazi perfecto», que vivió el nacionalsocialismo con la edad precisa (nació en 1906) para hacerlo con ardor de juventud pero también con consciencia y posibilidades de adulto, que se afilió muy pronto y que fue miembro de las SA, del SD, de las SS, del Jungbund y del Frontbann, soldado de la Wehrmacht, camorrista callejero, burócrata, agente de la acción social y, en fin, casi todo cuanto se podía ser en aquel régimen. Uno de los millones de ladrillos con los que se edificó la barbarie, y uno de los más sólidos.

Hitler y Goebbels en el Teatro de Charlottenburg (1939)

Davidson se pregunta: «¿Qué haré yo si circunstancias similares a las que convirtieron a Bruno Langbehn en nazi vuelven a darse en un futuro próximo?»

Grandes procesos, pequeños personajes

A Carlo Ginzburg le bastó, en 1976, reconstruir en ***El queso y los gusanos*** la vida de un molinero del Friuli italiano, y el proceso inquisitorial que sufrió como consecuencia de su particular visión del mundo, para ofrecer todo un tratado sobre la religiosidad tardomedieval y un memorable hito historiográfico: el amanecer de una nueva corriente, la microhistoria. Consiste esta tendencia en estudiar grandes procesos históricos circunscribiendo el análisis a pequeños escenarios ultralocales o a personajes anónimos. En estos pasivos pacientes de los vendavales de la historia, y en sus motivaciones y elecciones, el escritor y los lectores de microhistoria encuentran frecuentemente testimonios mucho más elocuentes que los proporcionados por los grandes protagonistas. Son sujetos más cercanos y accesibles, que personalizan con un nombre y una cara las difusas masas que en los libros al uso hacen las revoluciones y sustentan a los gobiernos, y gran parte de su magia radica en una constatación subyugante, a veces por aterradora: los pucheros de Clío, la diosa de la historia, sólo cuecen Hitlers muy de vez en cuando, pero el molinero hereje, o el dentista nazi, podrían ser *cualquiera*.

«¿Qué habría hecho yo?» es la pregunta que Davidson se hace, y que, siendo interesante, no lo es tanto como esta otra: «¿Qué haré yo si circunstancias similares a las que convirtieron a Bruno Langbehn en nazi vuelven a darse en un futuro próximo?». Obras como *El nazi perfecto* adoptan, en este sentido, hechuras de advertencia, bien que lo sean con la inaudibilidad de un altavoz que fuera aprestado en medio del griterío de una turbamulta. Llaman la atención sobre la peligrosa capacidad de los sistemas políticos mediocres de dar alas a cualquier aventura extremista que prometa derrocarlo, sobre el hecho de que las fuerzas que desprecian la democracia son muchas veces las más hábiles en dominar las artes propagandísticas que forjan los grandes triunfos electorales, sobre la insensatez que supone fiar el fin de la salvación de una economía maltrecha a no importa qué medios, o sobre hasta qué punto son deseables para tipos grises como Langbehn esa clase de tiranías personalistas en las que la lealtad inquebrantable y felatriz a un líder desplaza a la meritocracia como criterio supremo de promoción.

La historia de Bruno Langbehn es, por supuesto, estrictamente la historia de Bruno Langbehn. Como tal debe ser leída, pero no está de más acordarse de Godwin en un día como éste, efectuar comparaciones y pensar que tal vez hoy, discretamente listado en cualquiera de las papeletas que serán arrojadas con indiferencia a las profundidades abisales de las urnas electorales, dormite el nombre de algún que otro Langbehn. O que tal vez el Langbehn sea usted y no lo sepa, y lo que vaya a introducir, solícito, a la urna, sea la carta de recomendación de un Hitler en potencia, hábilmente disfrazado de corderito, o de regionalista de nuevo cuño. Que quizá tuviera razón Mark Twain cuando dijo aquello de que la historia no se repite, pero rima, y que quizá nos estén sirviendo vino viejo en odres nuevos, que es una triquiñuela de larga trayectoria, más vieja que el propio vino. Piénselo. ■

De memoria histórica, reparación, justicia y olvido

Memoria de guerra y cultura de paz en el siglo XX
Lourenzo Fernández Prieto, Nomes e Voces (eds.)
Ediciones Trea, 2012
326 pp., 20 €

PABLO GARCÍA GUERRERO

La cuneta española, los vuelos de la muerte, la guerra salvadoreña, la aniquilación nazi...: ¿cómo se convive con el dolor?, ¿bastan los analgésicos?, ¿duermen mejor las viudas, los huérfanos, tras haber asistido a un homenaje al hermano desaparecido, al padre ajusticiado? ¿Es suficiente, para un país, la reparación moral, memorialística, incluso penal? Y al inmaculado, al inocente, al turista despreocupado, al tendero que conservó tienda y aperos, ¿qué le dicen la más o menos afortunada escultura, la placa en la esquina, el aniversario en la prensa local, que recuerdan la sangre derramada, el ideal por el que se sacrificó la vida o el impulso colectivo hacia un mundo que nunca alcanzó a ser como los muertos habían soñado?

El congreso internacional que reunió en Santiago de Compostela a algunos de los principales expertos en materia de resolución de conflictos y memoria histórica, coordinado desde el proyecto interuniversitario Nomes e Voces (<www.nomesevoces.net>), cuyos debates y propuestas recoge esta obra, deja abiertas preguntas y heridas que golpean, sorda pero incansablemente, la construcción del día a día postraumático de países (algunos en estas páginas, España, El Salvador, Argentina, Alemania, Europa del Este; todos los demás,

Manifestación contra la dictadura militar brasileña (1964-1985)

LA HERIDA INFINITA

quizá, sobre un mapa del mundo) que padecieron en el siglo pasado la devastación de graves conflictos internos y que han ido enfrentándose a sus consecuencias con mayor o menor acierto.

En las políticas de la memoria se plantea, en general, y más allá de los diversos ámbitos en los que éstas se expresan (por supuesto el ámbito político, pero también el jurídico, el histórico, el psicológico, el archivístico e incluso el forense), una gran fisura por la que puede precipitarse cualquier intento de reparación, por permanente y consensuada que esté: no hay justicia si sólo se trata del recuerdo y del aniversario; no basta la memoria si no ha habido procesos y condenas; no hay monumento que calme la angustia si los huesos del padre (diecinueve años, CNT o FMLN, metalúrgico, ferroviario, campesino, alpargatas, boina calada, la luz del amanecer sobre las montañas de la infancia o el páramo eterno antes de morir) siguen durmiendo amontonados bajo la tierra triste; de nada sirve el perdón cuando el criminal (también colectivo: ejército, Iglesia, Estado, Partido, terrateniente) mantiene aún tensa la soga de su poder, por más que no la apriete como antaño. Es la memoria de los perdedores, de los que perdieron en el páramo y el monte y han seguido perdiendo desde entonces, y cuyo perdón derramado en silenciosas lágrimas nunca ha sido del todo compensando.

En la medida en que se mantengan las condiciones que estuvieron en el origen de los crímenes y las guerras, la herida siempre seguirá abierta. Siempre reclamará una cura. Siempre hará apartar la vista a los cómplices. Y (callado, como lo es el dolor profundo y sincero) siempre irá dejando un rastro, un rojo sendero que nos reclama no sólo monumentos y aniversarios, no sólo leyes timoratas: justicia; no sólo analgésicos: cirugía.

No sólo memoria: cortar la soga.

«Anita Rojas con la maleta de su hijo Alfredo Rojas, desaparecido el 4 de marzo de 1975. Santiago (Chile), marzo de 2000»
© GERVASIO SÁNCHEZ

No hay justicia si sólo se trata del recuerdo y del aniversario; no basta la memoria si no ha habido procesos y condenas; no hay monumento que calme la angustia si los huesos del padre siguen durmiendo amontonados bajo la tierra triste; de nada sirve el perdón cuando el criminal mantiene aún tensa la soga de su poder

Cifras para la memoria (España y América)

(Aparecen aquí sólo los países que son objeto de análisis y debate en *Memoria de guerra y cultura de paz en el siglo XX,* al margen de los que se dedican a Alemania y a Europa del Este.)

España. Víctimas de la represión franquista: 130.000 (guerra y posguerra); víctimas de la represión republicana: 55.000.

Son estimaciones de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (<www.memoriahistorica.org.es>).

El proyecto Nomes e Voces (<www.nomesevoces.net>) dispone de informes de víctimas documentados para el caso de Galicia. Para **Asturias,** además de las distintas asociaciones de recuperación de la memoria histórica, destacan el proyecto de la Universidad de Oviedo Voces del Pasado. Testimonios Orales de la Represión y Violencia Política en Asturias y el Archivo de Fuentes Orales para la Historia Social de Asturias (<www.unioviedo.es/AFOHSA>), cuyo catálogo está a punto de ver la luz.

El Salvador. Víctimas durante la guerra civil (1980-1992): 22.000/80.000.

La Comisión para la Verdad de El Salvador, en su informe *De la locura a la esperanza. La guerra de doce años en El Salvador* (accesible en <www.derechoshumanos.net>), registró más de 22.000 denuncias de hechos violentos entre 1980 y 1991, sin especificar número de muertes o desapariciones. Otros cálculos elevan la cantidad a 80.000 muertos (de una población ligeramente superior a dos millones de habitantes).

Brasil. El número total de víctimas durante la dictadura militar (1964-1985) se desconoce.

El Grupo Tortura Nunca Mais (<www.torturanuncamais-rj.org.br>) ha logrado documentar hasta ahora, con nombres y apellidos, 350 casos de muertos y desaparecidos. Otros datos y archivos están siendo desvelados por el Proin (Projeto Integrado Arquivo do Estado e Universidade de São Paulo; <www.usp.br/proin>).

Argentina. Víctimas de la dictadura militar (1976-1983): 8.961/30.000 muertos y desaparecidos.

La cifra más baja, proporcionada por la Comisión Nacional para la Desaparición de Personas (Conadep), se basa sólo en las denuncias recibidas a fecha de 1984. La Secretaría de Derechos Humanos del Gobierno argentino la sitúa en 13.000. Otros organismos, apoyados en estimaciones de la Embajada de Estados Unidos en Buenos Aires, según documentos del Departamento de Estado norteamericano, la elevan a 30.000 (diario *Clarín,* 06-10-2003).

Chile. Víctimas de la dictadura militar (1973-1990): 3.507 muertos y desaparecidos, y 28.000 víctimas de prisión y tortura

Los datos son los que aporta el conocido como *informe Rettig* (*Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación;* <www.ddhh.gov.cl/ddhh_rettig.html>), de 1991. Pero no son cifras cerradas. ■

EL BUEN LUGAR

UN ATLAS DE UTOPÍA

Un viaje por territorios que fabulan nuevos órdenes sociales, mucho más allá del pensamiento utópico

Utopía. Historia de una idea
Gregory Claeys
Siruela, 2011, 224 pp., 36 €

ELENA DE LORENZO ÁLVAREZ

La Edad de Oro hesiódica, el Edén judío y el Paraíso cristiano, las Atlántidas platónicas o baconianas, golosas Jaujas, apetitosas Cucañas, bucólicas Arcadias pastoriles, repúblicas pulcramente organizadas, ucronías y futuribles, gulliveriadas, robinsonadas y viajes fantásticos en globo aerostático que abren la puerta a la ciencia ficción, revoluciones y proclamaciones de derechos humanos, programas políticos socialistas, comunistas, anarquistas y liberales, con sus utopías de igualdad, individualismo u opulencia y sus correspondientes distopías, o comunidades intencionales desde los menonitas y mormones a los falansterios y los kibutz. Todo esto —pensamiento, literatura, ideología y prácticas— tiene cabida en ***Utopía. Historia de una idea.***

Los lectores avezados en la historia de lo utópico pueden alertarse ante tal reunión. ¿Qué hace Saúl entre los profetas? ¿Qué hacen los poetas entre los filósofos? ¿Qué hacen los mitos y la ciencia ficción entre las utopías? Gregory Claeys, profesor de historia del pensamiento político en la Universidad de Londres y reputado editor de las utopías británicas desde la Ilustración hasta la época victoriana, sabe que el concepto de *utopía* tiene una definición literaria y filosófica bien delimitada: no pretende tanto dibujar felices mundos pasados —concepción mítica que conduciría al *bucle melancólico* claramente formulado por Jon Juaristi (hubo un tiempo en que fuimos felices, pero algo sucedió)— como describir una organización social que ha implementado medidas, no ya para ser felices, sino para contener los efectos negativos de la discordia implícita en la vida en común. En palabras de J. C. Davis: «El utópico trata de resolver colectivamente el problema colectivo, es decir, mediante la reorganización de la sociedad y sus instituciones, por medio de educación, leyes y sanciones. Su objetivo básico no es la felicidad, ese misterio privado, sino el orden, esa necesidad social» (***Utopía y la sociedad ideal. Estudio de la literatura utópica inglesa, 1516-1700,*** Fondo de Cultura Económica, 1981).

No lugar, buen lugar

Podría decirse que el pecado está en el título y la virtud en el libro. El título es sugerente, pero remite a un concepto bien definido y mucho menos amplio que el material abarcado en el estudio. El conflicto, en todo caso, viene de lejos: el neologismo *utopia* de Moro era a un tiempo el *ou-topos* (no lugar) y el *eu-topos* (el buen lugar), y obligó tempranamente a los traductores a decidirse entre ambos —mayoritariamente por el *nowhere* que ya Quevedo tradujo como «no hay lugar»—; y además sigue latente: Raymond Trousson decidió titular su sólido estudio sobre las utopías con esa formulación lábil pero siempre útil de los ***Voyages aux pays de nulle part.***

El ensayo de Claeys ofrece mucho más que el recorrido por el pensamiento utópico anunciado en el título; manejando el concepto con amplitud enriquecedora y pertinente en un ensayo divulgativo, repasa cronológicamente las diversas formulaciones históricas de las aspiraciones y temores del individuo ante una siempre insatisfactoria vida en común, las sociedades ideales o tenebrosas imaginadas como fruto de la tensión entre lo que es y lo que debe ser. Y ahí tienen cabida, junto a la utopía, los mitos, los procesos revolucionarios, la literatura de viajes fantásticos, el totalitarismo distópico, la invención del progreso tecnológico o la ciencia ficción.

El ensayo repasa las aspiraciones y temores del individuo ante una insatisfactoria vida en común, las sociedades ideales o tenebrosas imaginadas como fruto de la tensión entre lo que es y lo que debe ser: utopías, mitos, revoluciones, viajes fantásticos, distopías, progreso o ciencia ficción

Si el trayecto desde la Edad de Oro hasta ***2001. Odisea en el espacio*** ha de realizarse en doscientas páginas, es lógico que la síntesis difumine matices y obligue a trazos gruesos; pero esta debilidad queda aminorada por el excelente aparato iconográfico. Porque el subtítulo dice que este libro es la «historia de una idea», pero en realidad es la «historia ilustrada de una idea», y no es cuestión menor: doscientas ilustraciones escogidas con criterio constituyen un discurso paralelo que casi invita a una lectura autónoma, y que supera la mera narración del mito y la utopía para acoger con generosidad el tratamiento de estos conceptos en el grabado, la pintura, el urbanismo o la arquitectura y el cine, desde el hebreo ***Sefer Yetzirah*** a las Edades de Oro de Cranach el viejo y Pauwels Frank, y desde las cubiertas de la ***Utopía*** de Moro o ***De la tierra a la luna*** de Julio Verne a los fotogramas de ***Metrópolis*** de Fritz Lang o la Ciudad Esmeralda de ***El mago de Oz*** de Fleming.

La tríada utópica

Y si el lector se queda con ganas, que de eso se trata, siempre puede volver a las fuentes: por ejemplo, al asequible clásico de Fondo de Cultura Económica prologado por Eugenio Imaz, en que encontrarse con la canónica tríada utópica: Moro, Campanella y Bacon.

El libro de Claeys es un cuajado ensayo divulgativo fruto de un saber acumulado en décadas, que se escribe con una intencionalidad expresamente formulada: «*Nuestro* mundo ideal no pude ser la Nueva Jerusalén ni la Esparta de Licurgo. No la pueden definir los ensueños de Karl Marx, pero ¿se ajusta a los sueños de Adam Smith? Los viejos mundos ideales pueden ofrecernos esperanza, inspiración, una conciencia de a qué aspirar y qué evitar. Pero *nuestro* mundo ideal debe ser en buena parte creación nuestra, y ello implica una seria reflexión sobre el destino a que nos enfrentamos si no logramos crearlo».

Es este ensayo también una hermosa hoja de ruta para visitar ese país excepcional en que la condición humana es siempre otra, y mejor. Oscar Wilde decía en ***El alma del hombre bajo el socialismo*** que «un mapamundi que no incluya Utopía no merece ni mirarse, porque deja fuera el país en el que la humanidad está siempre desembarcando».

Buen viaje.

Desde Hispania a Sinapia

Último desembarco. Vente a Sinapia
Fernando Savater
Ediciones Irreverentes, 2005
112 pp., 10 €
Descripción de la Sinapia, península en la tierra austral
ed. de Miguel Avilés
Círculo de Bellas Artes, 2011
136 pp., 10 €

Podría deducirse de la ausencia de alusiones a utopías españolas en ***Utopía. Historia de una idea,*** la inexistencia de este género en España. No hay tal, aunque es cierto que pocas han sido reeditadas y circulan más allá de los ámbitos académicos: ahí están, a finales del siglo XVIII, el ***Tratado sobre la monarquía columbina, Los viajes de Enrique Wanton al país de las monas*** o el ***Viaje de un filósofo a Selenópolis, corte desconocida de los habitantes de la tierra.***

Precisamente el Círculo de Bellas Artes acaba de recuperar la edición que Miguel Avilés preparara en 1976 de una de las más señeras: la ***Descripción de la Sinapia, península en la tierra austral,*** anónima utopía de la Ilustración temprana encontrada entre los papeles de Pedro Rodríguez de Campomanes.

El narrador dice traducir un manuscrito de cierta versión francesa de unos apuntamientos en holandés que Abel Tasman habría tomado en su viaje a las Tierras Incógnitas Australes. En él se da noticia del territorio de Sinapia, anagrama y antípoda de nuestra Hispania: el *locus amoenus* modificado por un urbanismo milimétricamente geométrico alberga una planta administrativa piramidal y una organización social fuertemente jerarquizada, con un acceso al gobierno meritorio y electivo, en que no existe la propiedad privada ni, en consecuencia, la desigualdad social. Dice el juguetón autor decidir traducirlos al español por ser dicha sociedad de «suma diversidad de lo que por acá se practica», y porque «finalmente se observa que, así en el sitio como en todo lo demás, es esta península perfectísimo antípode de nuestra Hispania».

Esta utopía dieciochesca es a su vez el referente de ***Vente a Sinapia,*** breve obra dramática estrenada en el Teatro Español en 1983 en que Fernando Savater reflexionaba sobre nuestras utopías contraponiendo las reacciones de distintos personajes ante la buena nueva del viajero no en vano llamado Germinal García: Sinapia existe, y de allí acaba de regresar él. Frente al optimismo del ilustrado Germinal («si soñamos con volar es que vamos a volar, es que debemos volar»), encontramos al duque de Salsipuedes, mecenas y presidente vitalicio de la Real Sociedad Científica de Amigos del País, católico y conservador («si soñamos con volar, es precisamente porque no podemos volar»), al escéptico y afrancesado Argensola, secretario perpetuo de la Sociedad, que desconfía de quienes pretenden imponer la felicidad pública («no pido un orden político que me haga feliz, me basta con uno que no se empeñe en hacerme desgraciado») y al pragmático Antonio, el conserje que se afana en cuestiones prácticas, como arreglar la calefacción, mientras los demás polemizan.

Tras casi treinta años, aún resuenan los ecos sobre el buen gobierno del duque de Salsipuedes: «¡Ah, qué conjunto de impiedades y abominaciones hallamos en las historias de los reyes extranjeros! Crueldades de los ingleses, herejías de los alemanes, guarradas de los franceses... Si no fuese por el ejemplo dignísimo de los reyes españoles, sería como para dudar de la institución monárquica». ■ **E. DE LORENZO**

SEMANAL DE CULTURA DE LA VOZ DE ASTURIAS

COORDINADOR: Juan Carlos Gea

CONSEJO EDITORIAL: Miguel Barrero, Juan Cueto, Álvaro Díaz Huici, Jordi Doce, Julio César Iglesias, Elena de Lorenzo Álvarez, Jaime Priede

REALIZACIÓN EDITORIAL: Ediciones Trea, S. L.

REDACCIÓN: Ediciones Trea, S. L. Polígono Industrial de Somonte, c/ María González la Pondala, 98, nave D, 33393 Gijón
Tel.: 985 303 801
elcuaderno@trea.es • www.trea.es

DISEÑO GRÁFICO: Pandiella y Ocio

EDITA: La Voz de Asturias, S. A.
c/ Lila, 6. 33002 Oviedo • Tel.: 985 101 500
www.lavozdeasturias.es